

De la Reconciliación a la ReconciliAcción

Por Nancy Dyson y Dan Rubenstein

Traducción al Español por Aline Castañeda Cadena

La Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Canadá (TRC, por sus siglas en inglés) se creó en 2010 a través de un acuerdo legal entre los Sobrevivientes de Escuelas Residenciales, la Asamblea de las Primeras Naciones, los representantes Inuit y las partes responsables de la creación y operación de las escuelas, el gobierno federal y la iglesia. El mandato de la TRC era informar a todos los canadienses sobre lo que había sucedido dentro de las escuelas residenciales. La Comisión documentó los relatos proporcionados por los sobrevivientes, sus familias, comunidades y otras personas afectadas por las mismas, incluidos los exalumnos de las Primeras Naciones, ex estudiantes Inuit y Métis, las iglesias, ex empleados de las escuelas, los funcionarios gubernamentales y otros canadienses.¹

Cuando la TRC presentó sus informes en junio de 2015, monté en mi bicicleta y me dirigí hasta un hotel en el centro de Ottawa donde se habían reunido los sobrevivientes, los líderes indígenas, el Departamento Federal de Asuntos Indígenas y Desarrollo del Norte, el Centro Nacional para la Verdad y la Reconciliación (NCTR, por sus siglas en inglés). Cuando entré en el vestíbulo del hotel y miré a mi alrededor, me sobrecogió la seriedad de la asamblea y el crudo dolor de los sobrevivientes. Mi esposa, Nancy Dyson y yo habíamos sido contratados como trabajadores de cuidado infantil en la Escuela Residencial para niños indígenas St. Michael en Alert Bay, Columbia Británica en

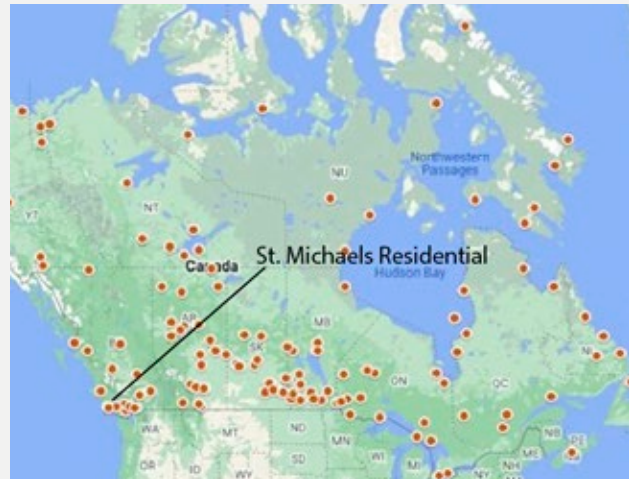


Figura 1. Los internados de Canadá - St. Michaels

1970. Estábamos recién casados y recién llegados a Canadá. Lo que presenciamos nos impactó.

En medio de los sobrevivientes de ese día de verano en Ottawa, me inundaron los recuerdos y las imágenes de los cuatro meses que pasé en St. Michael. Los rostros tristes y hoscos de los niños. Su desconfianza mientras me acercaba a hablar con ellos. Niños brutalmente atados por fechorías menores. El cuerpo casi sin vida de un normando de diez años en una playa, el niño que se había deslizado hacia el océano una noche y caminó hacia el mar, con los bolsillos llenos de piedras. Escuché las palabras que usaba el personal para describir a los niños: 'paganos' que necesitaban ser cristianizados y civilizados. Niños 'salvajes' que necesitaban disciplina, disciplina y más disciplina.

¹ Truth and Reconciliation Commission of Canada - NCTR.

Por casualidad, compartí ascensor con Ry Moran, quien en ese entonces era el Director del NCTR. Dije: “Yo estaba allí. Vi lo que pasó en una escuela residencial. Mi esposa y yo tratamos de protestar. Me despidieron cuando una delegación del Departamento de Asuntos Indígenas y del Norte visitó St. Michael y les dije que la escuela era un instrumento de genocidio cultural”. Ry me pidió que contara mi historia y que le pidiera a mi esposa que también contara la suya. Dijo que era importante compartir nuestra historia, para agregar credibilidad a la verdad contada por los sobrevivientes.

Me conmovió profundamente y prometí que contaría mi historia. Volví a casa en bicicleta y compartí con mi esposa mi promesa de escribir un relato de lo que había presenciado. Ella prometió escribir su relato también. Durante cincuenta años, habíamos estado en silencio, pero ahora nos sentíamos obligados a ofrecer

La Escuela Residencial para niños Indígenas St. Michael's (Duck Lake) abrió en 1894 y cerró en 1996. Fue operada por la Iglesia Católica Romana (Oblatos de María Inmaculada, Hermanas, Fieles Compañeras de Jesús, Hermanas de la Presentación de María y Oblatos Indios - Consejo esquimal) hasta 1982, cuando la residencia de Duck Lake quedó bajo el control de los jefes de distrito de Saskatoon. La escuela estaba ubicada a media milla (0,8 km) del pueblo de Duck Lake, frente al lago (Tratado 6).

una disculpa, no por lo que habíamos hecho, sino por lo que no habíamos hecho, no haber defendido a los niños después de irnos de Alert Bay.

Queríamos encontrar a los niños que recordábamos de St. Michael. Llamé a Reconciliation Canada en Vancouver y describí lo que habíamos visto. Empecé a llorar mientras contaba cómo los niños fueron sometidos a humillaciones, abusos y abandono. La recepcionista fue amable y empática. Me dijo que al doctor en jefe Robert Joseph, fundador y embajador de Reconciliation Canada, le gustaría hablar conmigo. “Te llamará más tarde esta noche”, prometió.

Unas horas después, sonó el teléfono. El identificador de llamadas mostraba un número de teléfono en Vancouver. El jefe Joseph escuchó mi historia sin interrupción. Luego me consoló diciendo que cualquier pequeño acto de bondad que di a los niños puede haberlos sostenido durante sus momentos más oscuros.

Pregunté por los niños que recordaba, diciendo sus nombres uno por uno. Hubo una pausa antes de que me dijera la cruda verdad. La mayoría de los niños que había conocido habían muerto prematuramente por alcoholismo, drogadicción, delincuencia, violencia y suicidio. Este fue el trágico legado de las escuelas residenciales.

Dijo que él mismo había sido enviado a St. Michael a la edad de cinco años. Eso fue en la década de 1950. Cuando dejó la escuela a la edad de dieciséis años, dijo que era un ser humano roto. Estaba lleno de ira y arremetía

contra los demás. Cayó en las adicciones. El mundo blanco no tenía lugar para él. Había perdido la conexión con su familia y su pueblo, con la lengua, la cultura y la espiritualidad indígenas. Sorprendentemente, encontró la fuerza para curarse a sí mismo. Reunió a su familia a su alrededor y se convirtió en un anciano sabio, lleno de gracia y bondad. Su aminoré está registrado en Namwayut que concluye con un llamado a la Reconciliación:²

“La reconciliación puede ser un pacto espiritual. La reconciliación debe tener un elemento de cooperación espiritual y compromiso para que sea vinculante y para que invoque lo mejor de todos nosotros. Todos pertenecemos aquí. Y que este sea nuestro pacto. Invoquemos a nuestro yo superior, a nuestra conciencia humana, a querer algo más grande, mejor para todos nosotros. Recordemos que a pesar de lo que nos hemos hecho, nos pertenecemos y somos amados...”

Alineemos a las personas, aunque sea por un segundo, un momento, una hora o un día, y conectemos nuestras energías, nuestros corazones y nuestras mentes, nuestras almas.

Reconozcamos, cada fe, cada color, cada credo, nuestra humanidad común. Aceptemos la verdad de que todos somos uno”.³

El jefe Joseph nos animó a contar nuestra historia. Prometimos que lo haríamos. Poco sabíamos lo largo y difícil que sería ese viaje. Ni cuán importante y significativo se volvería.

Leímos los informes de la TRC en su totalidad. Nos sorprendió y nos entristeció saber que los abusos que habíamos presenciado en St. Michael’s estaban generalizados en las escuelas residenciales de todo el país, desde las escuelas del este hasta el oeste y el norte. Ciento treinta y dos escuelas residenciales habían existido en Canadá durante un lapso de 150 años. La última llamada “escuela” había cerrado en 1996. 150.000 niños indígenas habían sido obligados a asistir a escuelas residenciales. Algunos niños nunca se fueron. Las tasas de mortalidad eran altas entre los niños indígenas al cuidado de las escuelas residenciales administradas por la iglesia. Otros niños sobrevivieron pero quedaron destrozados por los abusos a los que fueron sometidos. Al igual que el jefe Joseph, no pudieron ocupar un lugar en el mundo blanco y quedaron aislados de la cultura, la tradición y el idioma indígenas.

Para poner nuestra historia en contexto, entrevisté a líderes de las iglesias comprometidas con la Reconciliación. También me puse en contacto con grupos dedicados a apoyar a los Supervivientes. El Jefe Joseph nos animó en el camino, con frecuentes llamadas telefónicas y palabras de apoyo.

Nuestro libro, *St. Michael’s Residential School: Lament & Legacy*,⁴ fue publicado en 2021 por Ronsdale Press, seis años después de que le prometiera a Ry Moran que contaría mi historia.

² Namwayut.

³ Dan Rubenstein & Nancy Dyson – Published Authors (rubenstein-dyson.com).

⁴ Opinion: We witnessed the cruelty of residential schools as child-care workers. We will not remain silent about what we saw - The Globe and Mail

Hubo muchas razones para el retraso, algunas personales y otras menos, como la pandemia. En la Parte 1 del libro, Nancy describe lo que sucedió durante nuestros cuatro meses en la escuela residencial y nuestros intentos fallidos de cambiar la forma en que se trataba a los niños. Intercalados entre las páginas de su narración hay extractos de los informes de TRC que demuestran que nuestra experiencia no fue única, que lo que vimos fue generalizado en las escuelas residenciales. En la Parte 2, indago en las intenciones de las iglesias y el Gobierno Federal al establecer escuelas residenciales. También exploro lo que los canadienses sabían sobre las escuelas residenciales. Y por último, hablo de las voces de protesta que surgían de vez en cuando.

St. Michael's Residential School: Lament & Legacy se lanzó justo cuando se publicaba la noticia sobre el descubrimiento de 215 tumbas anónimas afuera de la antigua escuela residencial de Kamloops en la Columbia Británica. Los canadienses se sorprendieron. ¿Cómo pudo haber sucedido esto en Canadá, un condado conocido por su beneficencia? ¿Un país cuyos ciudadanos son famosos por su excesiva cortesía? Nancy y yo nos entristecimos con la noticia, pero no nos sorprendimos. Conocíamos muy bien la vulnerabilidad de los niños dentro de las paredes de una escuela residencial.

Si bien muchas personas se dieron cuenta de que necesitaban reevaluar su comprensión de la historia de Canadá, otras se aferraron obstinadamente a sus puntos de vista colonialistas.

Si bien habíamos profundizado en la historia del trato que Canadá da a los pueblos indígenas, algunas personas criticaron nuestra interpretación. Una y otra vez escuchamos comentarios defendiendo lo que habían hecho los gobiernos y las iglesias.

“Los indios necesitan superarlo”.

Respondimos: “Creo que les gustaría superarlo. ¿Cómo se supera el trauma, el trauma intergeneracional?”.

“Los indios necesitan aceptar el hecho de que fueron conquistados. Nosotros ganamos, ellos perdieron”.

Respondimos: los pueblos indígenas de Canadá no fueron conquistados. En general, estaban dispuestos a compartir su tierra y otros recursos. Por eso había tratados, acuerdos que generalmente se rompían.

“Las escuelas residenciales no eran tan malas. Mira los internados británicos. Allí tampoco se mimaba a los niños”.

Compartimos lo que habíamos escuchado de un sobreviviente: “Me hubiera gustado que me transfirieran a un internado británico”. Los niños británicos no fueron separados por la fuerza de sus familias. No fueron sometidos a una asimilación forzada.

“Los indios querían que sus hijos fueran a escuelas residenciales. Los niños recibieron una educación gratuita. Fueron alimentados y vestidos. Sin costo para los padres.”

De hecho, durante muchas décadas, las familias indígenas enfrentaron sanciones e

incluso encarcelamiento si no enviaban a sus hijos a escuelas residenciales.

“He oído hablar de personas que fueron a escuelas residenciales y salieron bien. Están agradecidos por la educación que recibieron. Ahora son líderes”

Contestamos: “Las personas resilientes tienen la capacidad de permanecer fuertes frente a la adversidad. Eso no excusa lo que les pasó. Las escuelas residenciales eran instituciones malévolas. Victor Frankl escribió *El Hombre en Busca de Sentido* en un campo de concentración, pero eso no significa que el campo debería haber existido.

La gente inevitablemente concluyó diciendo: “No se puede juzgar a la gente de hoy por los errores del pasado. Hay que tener en cuenta el contexto histórico. Las escuelas residenciales fueron diseñadas con buenas intenciones”.

¿Buenas intenciones? Respondimos. Más de 150.000 niños indígenas fueron separados por la fuerza de sus familias, sin otra razón que el hecho de que eran indígenas. En la historia de Canadá, ningún otro pueblo fue tratado de esa manera, separado a la fuerza de sus hijos durante siete generaciones.

Con frecuencia escuchamos a la gente decir: “No tenía idea de lo que les estaba pasando a los niños indígenas. Ni siquiera sabía que existían las escuelas residenciales”. Les creímos, pero nos preocupó el hecho de que miles de personas debían saber sobre las escuelas residenciales y que los niños indígenas fueron separados por la fuerza de sus familias y comunidades.

¿Qué pasa con los miles de canadienses que trabajaron en las escuelas residenciales? ¿Qué pasa con los empleados del Departamento de Asuntos Indígenas y del Norte? ¿Líderes religiosos y congregaciones en la iglesia católica, unida y anglicana, todos los cuales dirigieron escuelas residenciales? ¿Qué pasa con la Policía Montada del Canadá (RCMP, por sus siglas en inglés) que rodeó a los niños indígenas, sacándolos a la fuerza de sus familias? ¿Qué pasa con los pilotos y asistentes de vuelo que llevaron a los niños asustados a escuelas residenciales remotas? ¿Y qué hay de los canadienses que viven cerca de alguna de las 132 escuelas? Todos estos miles de canadienses vieron o supieron de la separación forzosa. Y fue esta separación forzada la que permitió el posterior abuso.

Clasificamos todos los argumentos enumerados anteriormente como Negación de la Escuela Residencial. Continuamos defendiendo firmemente nuestra opinión de que las escuelas nunca se trataron de educación. Eran un instrumento de asimilación forzada, parte de un Sistema Escolar Residencial omnipresente y malévolos cuyo único objetivo era separar a los niños indígenas de sus familias, identidad, cultura y raíces. Si la intención hubiera sido alguna vez la educación, no el genocidio cultural, las Iglesias y el Gobierno Federal podrían haber enviado maestros para enseñar en comunidades remotas. El argumento de que los niños indígenas necesitaban asistir a una escuela residencial para ser educados también ignoraba el hecho de que estaban siendo educados por ancianos indígenas, aprendiendo su cultura,

tradiciones, idioma y espiritualidad. Para nosotros, es evidente que el bienestar de los niños indígenas nunca fue una prioridad general de las iglesias o del gobierno federal.

En junio de 2021, con la noticia de las tumbas anónimas afuera de las escuelas aparecida en los periódicos, sentimos la preocupación del país. Muchos canadienses lucharon por alinear su concepto de la beneficencia de Canadá con los hechos cuando se enteraron de que miles de niños murieron en escuelas residenciales, solos, sin dignidad, sin ceremonia u observancia espiritual. A sus familias a menudo no se les informaba de la muerte de sus hijos y vivían sus vidas esperando a que regresaran.

Muchos amigos, vecinos y antiguos compañeros se pusieron en contacto con nosotros. Ellos leyeron nuestra historia. Conmocionados y preocupados, dijeron que estaban reexaminando su comprensión de la historia de Canadá. Otros se aferraron firmemente a su negación del trágico legado de las escuelas residenciales.

Nancy escribió un artículo de opinión que fue publicado por Globe and Mail el 4 de junio de 2021.

Como trabajadores al cuidado de niños, fuimos testigos de la crueldad de las escuelas residenciales. No nos quedaremos callados sobre lo que vimos.

Hace cincuenta años, mi esposo, Dan Rubenstein, y yo éramos recién llegados a Canadá. Habíamos visitado la Expo 67 y nos impresionaron las imágenes de

Canadá como una sociedad multicultural y acogedora. En 1970, decidimos vivir en Canadá hasta que la polarización desenfrenada en los Estados Unidos disminuyera. Encontramos trabajo como cuidadores de niños en la Escuela Residencial para niños indígenas St. Michael en Alert Bay, B.C.

Nuestra creencia de que Canadá era un país justo y compasivo se vio alterada por lo que presenciamos dentro de las paredes de la residencia. En nuestro primer día, la matrona nos llevó a un subsótano donde un agente indio le entregó cuatro niños a su cuidado. Los niños pequeños se quedaron mudos y temblando mientras la matrona les cortaba la ropa y el pelo y los arrojaba a la cámara de combustión ardiendo de la caldera. Dan protestó: “¿Es esto necesario?” Y la matrona respondió sin pestañear: “Piojos”.

Todas las mañanas, Dan iba a despertar a los veinticinco niños pequeños que tenía a su cargo, niños de hasta 5 años de edad. El dormitorio, lleno de hileras de camas de metal impersonales, apeataba a orina ya que la mayoría, si no todos los niños, mojaban sus camas. La infelicidad de los niños pequeños era palpable. Los niños fueron tratados con dureza. El personal más antiguo nos dijo que la disciplina y la constancia eran esenciales; no hubo discusión sobre el amor o el respeto. Vimos estudiantes que eran crueles con otros estudiantes. Dos niños intentaron

colgar a nuestro cachorro. Se confirmó nuestra creencia de que la crueldad engendra crueldad. Intentamos protestar dentro de la escuela pero nos dijeron que éramos ingenuos. Nos unimos a un esfuerzo comunitario para enviar una petición a Asuntos Indígenas y del Norte solicitando una delegación para visitar Alert Bay. (El gobierno federal había asumido el control de las escuelas residenciales en todo Canadá en 1969, solo un año antes). Sentimos que el Departamento debería ver de primera mano lo que estaba sucediendo. Una delegación llegó en diciembre. Cuando Dan les dijo que la escuela era un instrumento de genocidio cultural, fue despedido.

Dan y yo dejamos la escuela y nos mudamos a una isla vecina. De vez en cuando, veíamos a los niños de St. Michael en la escuela pública. El administrador accedió a que dos de los niños pequeños nos visitaran en nuestra cabaña en Sointula. Pero dejamos de abogar por los niños. Cuando la escuela se cerró unos años más tarde, pensamos que el trauma estaba terminando. Lamento mi silencio. Dan también lamenta el suyo.

Fue hasta 2015, cuando la TRC presentó sus informes, que resurgieron los recuerdos de St. Michael y me invadió la emoción y la culpa por no contar mi historia. Dan compartió un ascensor con Ry Moran y prometió contar la historia de lo que habíamos presenciado. Amigos y conocidos cuestionaron nuestras

opiniones. “En su momento la gente hizo lo que pensó que era correcto”, dijeron. “No fue tan malo. Mira los internados británicos”. Y muchos insistieron en que el gobierno y las iglesias habían actuado por bondad y buenas intenciones.

Yo estaba allí. Yo sé. Las historias de los sobrevivientes dicen la verdad. Leímos los informes de la TRC en su totalidad y nos enteramos de que lo que presenciamos en St. Michael ocurrió en todo el país. Las escuelas residenciales fueron un ataque intencional contra los pueblos indígenas y sus familias. Separar a los niños de sus familias condujo a la pérdida de identidad, idioma, espiritualidad y cultura. Las escuelas residenciales nunca tuvieron que ver con la educación. Siempre se trataba de algo más: la erradicación de los pueblos indígenas como un grupo de personas distinto y separado.

El trágico descubrimiento de las tumbas anónimas en la Escuela Residencial de Kamloops coincidió con la publicación de nuestra historia, *St. Michael's Residential School: Lament and Legacy*. Para cualquier canadiense que niegue que las escuelas residenciales tuvieron un impacto trágico en los niños indígenas y sus familias y que el impacto continúa hasta el día de hoy, lo insto a leer los relatos de los sobrevivientes y de aquellos de nosotros que nos encontramos en una institución malévola donde el amor y la amabilidad rara vez sobrevivió.

Me uno a las personas de todo Canadá, indígenas y no indígenas, que lloran por los 215 niños enterrados en tumbas anónimas en la escuela residencial de Kamloops. Y me asombran los sobrevivientes y los sobrevivientes intergeneracionales que promueven la esperanza y el amor mientras conducen a nuestro país hacia la justicia y la reconciliación.

Nancy Dyson y Dan Rubenstein son los autores de *St. Michael's Residential School: Lament & Legacy* (Ronsdale Press, junio de 2021. Las regalías se donarán a Indian Residential School Survivors Society y otros grupos de apoyo).

A raíz de este artículo y el lanzamiento de nuestro libro, fuimos entrevistados por estaciones de radio y televisión nacionales, incluida una estación Mohawk y un programa Anishinaabe. Se nos pidió que nos dirigiéramos a grupos cívicos y diversos grupos religiosos: cristianos, unitarios, judíos...

Con el cambio en la percepción pública del papel colonial de Canadá y las acciones de los gobiernos y las iglesias, nos sentimos esperanzados. Muchas personas se comprometieron activamente con la Reconciliación, un viaje compartido para desarrollar relaciones equitativas y de respeto mutuo entre pueblos indígenas y no indígenas. Fue notable que se hicieran reconocimientos de tierras al comienzo de las reuniones públicas.

Pero tememos que la indiferencia esté erosionando ese compromiso con la Reconciliación. Todos somos, indígenas y no

indígenas, bombardeados por amenazas que van desde el cambio climático hasta la guerra, el surgimiento de líderes autoritarios, el desastre ambiental, la pandemia, las crisis financieras... En medio de todo eso, tememos una reacción violenta, ya que los gobiernos reconocen los reclamos legítimos de las Primeras Naciones sobre la tierra y los recursos.

Cuando nos sentimos desanimados, nos acercamos al Jefe Joseph, quien nos recuerda que debemos ser pacientes, que la Reconciliación no ocurrirá en nuestra generación. Tal vez, nos dice, ni siquiera en la generación de nuestros hijos. Quizás nuestros nietos lo presenciarán durante sus vidas. Pero tal vez ocurra durante la generación de nuestros bisnietos. Mientras tanto, la Reconciliación avanza a través de miles de conversaciones entre canadienses comunes en reuniones en todo el país, no solo por las disculpas del gobierno o los grandes gestos. La reconciliación, nos dice, se mantendrá cuando se convierta en un valor central dentro de nuestra conciencia nacional.

Nancy y yo seguimos hablando con la gente, en persona y por zoom, respondiendo siempre a las solicitudes de entrevistas. Hemos hablado con estudiantes y con personas mayores en una residencia de ancianos.

Me inscribí en una clase de idioma Ojibway en el Centro Wabano, un centro local de salud y bienestar indígena, donde soy recibido por el maestro y los compañeros indígenas. En la mayoría de las lenguas indígenas, el 70% del léxico consiste en verbos, el 30% de sustantivos. Por el contrario, en inglés y otros idiomas

indoeuropeos, el 70% de las palabras son sustantivos, el 30% verbos. He aprendido que los verbos en ojibway pueden convertirse en sustantivos.

Tal vez la reserva sea cierta en inglés.
Tal vez la Reconciliación pueda convertirse

en “ReconciliAcción”, un sustantivo que se convierte en verbo, una esperanza que se convierte en realidad.

Nancy Dyson and Dan Rubenstein

Autores de St. Michael's Residential School: Lament & Legacy (Ronsdale Press, 2021)

Este artículo debe citarse como:

Dyson N., Rubenstein D., De la Reconciliación a la ReconciliAcción. *Fourth World Journal*. Vol. 23, N1. pp. 74-82.

SOBRE LOS AUTORES



Nancy Dyson y Dan Rubenstein

Al jubilarse, Dan Rubenstein y Nancy Dyson lograron su sueño compartido de convertirse en escritores publicados. Anteriormente, Dan fue auditor de la Oficina del Auditor General de Canadá y Nancy fue educadora de la primera infancia.

En *St. Michael's Residential School: Lament & Legacy* (Ronsdale, 2021), Dan y Nancy recuerdan los cuatro meses que pasaron como trabajadores de cuidado infantil en una escuela residencial para niños indígenas y exploran el arco histórico de las escuelas residenciales, contrastando la historia de Canadá con su compromiso actual con Reconciliación.

Su primer libro, *Railroad of Courage*, publicado en 2017 por Ronsdale Press, es la historia de Rebecca, una esclava fugitiva de doce años que se dirige al norte hacia Canadá. La historia ha demostrado ser una herramienta evocadora para que padres y maestros hablen con los lectores jóvenes sobre el legado de la esclavitud. Los autores también han completado una tercera novela, una historia sobre dos voluntarios canadienses que se involucran con el movimiento de resistencia Lenca en Honduras.

Dan y Nancy viven en Ottawa, la capital de Canadá, pero disfrutan de los viajes internacionales y los viajes frecuentes para pasar tiempo con sus tres hijos adultos y sus ocho nietos. Dan también es voluntario en proyectos internacionales con Catalyste, una organización canadiense sin fines de lucro que trabaja con socios globales para promover el desarrollo sostenible, inclusivo e impulsado localmente. En sus asignaciones en América Central y del Sur, Dan disfruta de la oportunidad de ejercitar y mejorar sus habilidades en el idioma español.